

CAPÍTULO 1  
**MI PRIMER ESCALOFRÍO**

1988

Hay primaveras que nunca deberían haber terminado.

Mi nombre es Ludmila Velasco y tengo un verano maldito encerrado en mi mochila. En esa mochila llena de cuadernos plagados de sintagmas verbales y de fórmulas de unos polígonos, que solo existían en las pizarras verdes de las aulas de un colegio cualquiera de Valladolid. La misma mochila que, al sonar el viejo timbre, dejaba junto a mi pupitre para correr escaleras abajo hasta un patio de alquitrán que, día tras día iba limando la suela de mis zapatos.

Todo comenzó allí, en el patio del colegio San Bartolomé, poco antes de concluir el curso.

—*¡Te invito!*

—*¿A qué?*

—*A un café.*

—*¿A qué hora?*

—*A las tres.*

—*Una, dos y... ¡tres!*

—*¡Te invito!...*

Para hacer girar la comba, Nadia y yo solo necesitamos el poste ya oxidado que soporta la canasta de baloncesto, y mi habilidoso juego de muñeca. Ella salta una y otra vez ante mis ojos pardos durante todo el recreo. Mi madre es la única que califica como pardo el color de mis ojos. En realidad, son del mismo color que escojo para pintar las cacas de los perros. Y mi cascada de rizos negros, como la llama ella, tienen el aspecto de una escarola podrida.

Los ojos de Nadia tienen el color de la pintura que uso para la hierba. En cada brinco de Nadia, su pelo lacio y dorado, para el que no hay pinturas en las cajas de doce, flamea sobre un rostro de color rosa pálido, muy pálido. Los zapatos de charol, adornados con dos borlas, flotan sobre el pavimento. La falda de cuadros escoceses, igual a la mía, se balancea por encima de las rodillas dejando apreciar el comienzo de sus muslos inmaculados a todo el colegio.

Frente a ella, cantando la misma letanía una y otra vez, como si de una oración de domingo se tratara, yo, preocupada por no perder el ritmo, trazo en el aire círculos perfectos que rodean a mi mejor amiga. Prefiero no enseñar mis rechonchos muslos a nadie.

En los veinticinco minutos que dura el recreo todo gira alrededor de las dos. Nada nos importa lo que ocurra al otro lado de ese muro que nos separa de una ciudad repleta de prisas, adultos y coches ruidosos.

Durante veinticinco minutos exactos vivimos ajenas a los padres que aprietan tornillos en un polígono sin área que calcular, a las madres que regatean en el mercado, o a

los profesores con apariencia militar que esperan para hacer sonar su silbato al final de la escalera.

—¿A qué hora?

—A las diez.

—Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve... ¡y diez!

Está a punto de terminar uno de los últimos recreos del curso 87/88 en el colegio San Bartolomé. Al final de la escalera, delante de la puerta de entrada a las clases, ya asoma la marcial y repeinada figura del *Caponieri*, con su silbato afinado para dar por concluido el mejor momento del día.

A esta hora exacta, su rostro suele esbozar una sonrisa maléfica, como si disfrutara de que los veinticinco minutos de juegos y algarabía por fin vayan a concluir. Pero esta vez no parece disfrutar como siempre.

¡Píiiii, píiiiiii, píiiiiiiiiiiiiiiiiii!

Desato a velocidad supersónica la comba enrollándola en una espiral perfecta, mientras Nadia se sube los calcetines blancos hasta el comienzo de sus rodillas de porcelana. Su mirada, como cada final de recreo, se pierde en la misma zona del patio, justo donde los chicos recogen los jerséis que simulan los postes de una imaginaria portería de fútbol.

—Nadia, ¿qué miras?... Nadia, ¡Nadia! —Hasta seis veces tengo que repetir su nombre para que me haga caso.

—¿Qué? Nada, no miro nada —responde absorta en ese punto fijo.

—Ya, claro, ¡y yo me chupo el dedo! Estás mirando a Rubén.

—¿Eh?... ¿qué? ¡Claro que no!

—¡Claro que sí! —replico ante algo tan obvio.

—¿No te parece guapo?

Su rostro ha cambiado, como por hechizo, del gesto de concentración en no tropezar con la comba, a la sonrisa bobalicona y los suspiros ñoños. Y todo por el imbécil de Rubén.

—Es un chico, son todos iguales.

—Pero, ¿a que es guapo?

—Mmm, bueno... —respondo entre dientes.

—¿Vendrá también a nuestro campamento, Lu?

—No lo sé, supongo... ¡Qué más da!

—¡Ojalá venga!

Su sonrisa estúpida se adorna ahora con una caída de ojos y otro suspiro mirando al cielo, hacia ese dios imaginario al que los niños pedimos deseos.

—¡Rápido, vamos a clase! ¡Nadia! —la apremio— ¡Vamos! Ya le verás en clase.

—... ¡Voy!

Recobrada la cordura de Nadia, las dos nos confundimos entre la muchedumbre de cabezas en la escalera de acceso al edificio. La amalgama de cientos de cuerpos alocados va desapareciendo del patio como una colonia de hormigas que se adentran en su agujero. Ante la mirada regia del hormigón armado con silbato metálico y afinado en clave castrense. Cada una conoce su respectiva celdilla y se distribuye por los pasillos de cada piso, y en cada pasillo por las distintas puertas de acceso a esas celdillas donde, con gran esfuerzo, acumular los conocimientos necesarios para aprobar el curso.

A punto de traspasar la última puerta, los ojos de *Caponieri* se clavan en nosotras y extendiendo sus garras por encima del resto de cabezas las posa sobre nuestros hombros. Mala señal. Con un ladeo de cabeza nos indica que esperemos a un lado, pegadas a la pared, como hace con aquellos a los que da caza cometiendo alguna falta del interminable libro de disciplina escolar del San Bartolomé.

El resto de los niños y niñas que pasan a nuestro lado nos miran como a condenados a muerte en el patíbulo. Algunos, con gestos de sorpresa, murmuran nuestros nombres, otros nos interpelan solo moviendo los labios, y algún que otro imbécil cruza su pulgar de un lado al otro de su cuello informándonos de nuestro fatal destino.

*Caponieri* es el apodo secreto entre los niños y niñas del colegio, y que jamás pronunciamos cerca de su fino oído, capaz de percibir cualquier palabra malsonante u ofensa a Dios a muchos metros de distancia. El apodo alude a una de las señas de identidad de su particular sentido de la disciplina.

Todos sabemos que don Leandro, ese ser mitad hombre y mitad máquina, no hace prisioneros. Ayer mandó a uno de séptimo a su casa tres días por el asunto de las papeleras voladoras durante el recreo. Tras la preceptiva reprimenda delante de todos sus compañeros, dos certeros capones provocaron en los demás alumnos un gesto reflejo al que escenificó el propio culpable, y un chichón de considerables dimensiones.

La sola presencia del *Caponieri* causa escalofríos. Nadia y yo optamos por agachar la cabeza, fijar la vista en las baldosas de terrazo gris y no cruzar la vista con él en este *corredor de la*

*muerte.*

En mi cerebro rebusco cuál puede ser el motivo de nuestra detención, pero nuestra conducta durante el recreo ha sido intachable. Nadia y yo deseáramos pertenecer al grupo de *liberados* que ya deben estar apostados en sus pupitres. Pero aquí estamos, esperando quizás una intervención divina que nos anuncie que todo ha sido una confusión y que debemos romper filas para entrar en nuestra clase. Eso supondría el mismo alivio que el de un indultado ante el pelotón de fusilamiento.

—¿Ludmila y Nadia?

Una sacudida me recorre desde la planta de los pies hasta el último rizo del cogote. Con la respiración detenida, levanto los ojos hacia la efigie de quien acaba de pronunciar nuestros nombres, temblando ante los pulidos zapatos de piel en los que casi puedo verme reflejada, la geométricamente perfecta raya de sus pantalones gris marengo, y su nívea bata abrochada por grandes botones nacarados que trazan la dirección hacia el rostro imperturbable del *comandante en jefe* de todos los ejércitos colegiales.

—Sí, don Leandro —respondemos con un pequeñísimo hilo de voz, impropio del ímpetu de unas niñas de sexto curso de E.G.B.

—Ludmila, tu madre no va a venir a recogerte a la salida. He hablado con la madre de Nadia y te irás con ella a su casa después de las clases.

La sangre vuelve a circular con cierta normalidad por mis dedos y puedo soltar el aire que había acumulado en los pulmones durante todo este tiempo. Incluso recupero mi

propia voz.

—¿Le ha pasado algo a mi mamá, don Leandro?

Por un instante, el siempre resolutivo verbo del director se queda sin respuesta. Y así el instante siguiente, y el siguiente, y el siguiente, y el siguiente.

—Podéis subir a clase —es la única frase que articula sin alterar su severo rictus. No ha respondido a mi pregunta, pero ahora mismo la doy por suficiente.

Liberadas del mando opresor y tras obtener su indulgencia, las soldados Ludmila Velasco y Nadia de la Torre avanzamos hacia nuestras trincheras bajo las miradas, más o menos disimuladas, y más o menos inquisitivas, del resto del sexto batallón que aguarda agazapado en sus posiciones. Ambas alcanzamos nuestra ubicación habitual dentro del acuartelamiento sin mayores complicaciones.

En Valladolid, a dieciseis de junio de mil novecientos ochenta y ocho.

—Lu, Rubén me está mirando.

—Todos nos miran.

—¿Tú crees que irá al campamento?

—¡Y yo qué sé!

¡Menuda obsesión con Rubén! Lleva en nuestra misma clase desde primero, y después de seis cursos viéndole todos los días, parece que ahora el planeta Nadia solo gira alrededor de la estrella Rubén. Con sinceridad, espero que no le ocurra lo mismo a él.

Terminan las clases y a la salida del colegio nos está esperando, tal y como nos dijo don Leandro, la madre de Nadia, una mujer más joven que las demás, y de larga melena rubia como la de Nadia. Sus ojos son aún más verdes que los de mi amiga.

Su expresión no es la misma que la de otras veces. Se parece más a la cara que tenía el día que Nadia me dijo que su padre se había ido de casa para siempre.

—Hola, Ludmila. ¿Qué tal estás?

—Bien —respondo extrañada ante la pregunta y su gesto tan serio.

La madre de Nadia nos suele interrogar por las clases, por los deberes, o por qué nos hemos ensuciado el uniforme, pero... «¿qué tal estás?».

Cualquier otro día le habría preguntado por qué no ha venido mi madre a buscarme, pero hoy tengo miedo de hacerlo.

Un escalofrío me recorre ambas piernas subiendo hasta el estómago, y no es hambre.